



***La vida: un camino de alegría para disfrutar
con los demás***

Nelssy Jiménez Díaz

Es época de lluvias como esta, el color gris del ambiente contrasta hermosamente con el verde de los urapanes, los sangregados, los abetos y los saucos que bordean las calles de las frías mañanas bogotanas. La alegre y emotiva juventud está en mi piel, todo se hace intemporalmente interesante, quiero saberlo todo, quiero hacerlo todo, quiero estar en todas partes, divido mi tiempo y puedo estar en varios grupos a la vez, en los de estudio, deporte, arte y pastoral.

Soy una niña de último grado de bachillerato, estudiante de colegio nacional, de colegio femenino, voy y vengo con mis tres hermanas como lo hemos hecho desde muy pequeñas, la lluvia cae y el chocolate del desayuno ya está tibio, gracias a que mi madre ha pasado varias veces la bebida de una taza a otra, para que podamos tomarla rápido en los agites de la mañana. Uno de los cuatro hermanos mayores está presto a levantarse para llevarnos al colegio, en medio de la neblina, antes de ir al trabajo. Cada uno de ellos paga su carrera en universidad nocturna, ya que el sueldo del papá no alcanza para pagar tantos proyectos de profesionales.

Hoy es un día especial, estoy nerviosa, no iré a casa al terminar la jornada escolar porque al medio día iniciaré las tareas de alfabetización que son requisito para terminar el bachillerato. Llevo mi almuerzo en una pequeña lonchera de cuero que luzco con orgullo, mi papá la ha hecho con sus manos de campesino artesano, esas mismas que han construido la casa en la que vivimos.

Las profesoras han organizado varios grupos de trabajo y me corresponde enseñar a leer a personas que por distintos motivos permanecen en la Cárcel de Mujeres del Buen Pastor; contradictorio nombre para un lugar de permanente encierro, lágrimas, dolor y soledad.

Es extraño que después de once años, solo hasta ese día piense en que somos vecinas, cárcel y colegio colindan, allí es donde con frecuencia caen los balones de la clase de deportes que los guardias amablemente

devuelven a las niñas. Las colegialas continúan jugando, riendo, cantando y vibrando libres por la vida, mientras al otro lado de la pared que nos separa están las mujeres que han convertido sus vidas en ventanas de tristeza, nostalgia, rencor, muerte y desolación.

Paso la mañana pensando cómo será la tarea de la tarde cuando me enfrente al grupo de mujeres que quiere aprender a leer y a escribir, siento miedo de la responsabilidad, me han elegido porque tengo buenas notas en español, pero solo hasta ese momento me doy cuenta que no es suficiente tener unas buenas notas o tener gusto por la lectura, lo que necesito saber hoy es cómo enseñar a otros.

Trato de recordar la forma en la que aprendí a leer y escribir, y pasa por mi mente la película de mi vida lectora. Veo con claridad a una pequeña niña de 5 años que cursa kínder, estoy recostada sobre la tapa abierta de una máquina de coser Singer, mirando una muy usada y casi desintegrada cartilla de lectura. Mientras suena el pedal en la que mi mamá hace remiendos y costuras, escucho su voz, ella muestra el significado de las letras que acompañan los dibujos de la cartilla. Es mi primer recuerdo de aprendiz de lectora, va acompañado de la visita los domingos en la tarde a la bicicletería, en donde están colgadas en cuerdas contra la pared, cientos de revistas y cuentos de Walt Disney para ojear, mientras llega el turno de montar alguna de las bicicletas que se alquilan.

También recuerdo las noches alrededor del periódico del día, acompañadas de una calientica agua de panela. Allí las noticias son leídas en familia, el lector es mi padre, un campesino visionario que se abrió paso en la ciudad en medio de los trágicos sucesos del Bogotazo en 1948 y que con su voz grave y amena, interpreta los acontecimientos, siembra dudas, reparte esperanzas y grandes deseos de saber lo que pasará mañana, cuando de nuevo, en la siguiente noche de tertulia familiar, de ocho hijos y dos padres, combinada con las inquietudes de primos y más primos, compartiremos de nuevo la vida frente a un periódico.

Dichas remembranzas entran correteando a mi mente, pues los domingos en la mañana era tal vez lo más esperado por todos. El periódico que vocean en la calle también se anida en la cama de mis padres, junto con mis hermanos que pelean el turno para ver las aventuras y para leer los cuentos del suplemento literario que los mayores leen en voz alta. Lentamente las pequeñas vamos aprendiendo el goce que produce la literatura, los poemas se van adentrando en nuestras vidas, las metáforas convierten las letras en mariposas de colores. Entonces comprendo que solo así se aprenden las vocales.

En ese justo momento el recuerdo se borra y piso la realidad, estoy en el patio de recreo, es la hora de la salida y llega el momento de pasar a la cárcel. Cruzamos la pequeña puerta, hay nuevos sonidos, nuevos colores, nuevos olores, las mujeres nos saludan como cuando saludamos a un vecino, silenciosas nos miramos, contestamos y seguimos, también voy orando en mi interior.

El Buen Pastor me acompaña, estoy segura de eso, no siento miedo, solo un temor generado por la responsabilidad, es un cosquilleo que a veces hace perder la voz. Luego de pasar otras puertas de hierro, rejas que dejan pasar el sol y dibujan en el piso muchas rectas paralelas, al fin nos encontramos frente a un pequeño grupo de reclusas que llevan en su mano un cuaderno de marca Cardenal, es grapado y rayado, no tienen lápiz y una de ellas lleva una cartilla Nacho igual a la de mi niñez, entonces sonrío y estoy lista.

De manera sorpresiva aparece una de las hermanas de la comunidad que dirige la cárcel y también nuestro colegio; la religiosa me lleva a otro lugar, a la guardería; los niños que han nacido en la cárcel permanecen allí hasta que cumplen 2 años, hay unas diez cunas, observan con sus ojitos expresivos, lindos ojos de niños que esperan caricias o tan solo una mirada que les recuerde que existen para alguien.

Hay una señora que de inmediato me pide que atienda a uno de ellos que llora sin parar, me acerco lo alzo y su llanto se convierte en sollozo suave y tierno hasta callar, paso la mano por su frente y recorro con mi piel su piel, hasta sentir la tranquilidad que él también siente.

De pronto estoy sola con todos esos bebés que me observan desde sus cunitas, entonces la canción mágicamente hace su tarea, parece que el mundo se detuviera en ese instante, canto mientras cambio los pañales como lo he visto hacer, canto mientras me desplazo de cuna en cuna mostrando el títere en el que se ha convertido mi mano y juego con ellos a recoger lo que lanzan fuera de su pequeño territorio.

Esa tarde salgo feliz, pero me inquieta saber qué puedo hacer con esos pequeños en mi próximo encuentro, así que consulto a las expertas, a esas madres de antes que solo con su experiencia lo sabían todo, a esas madres que me rodean, voy donde las vecinas, recojo cuentos, muñecos y muchas canciones infantiles, siento que debo hacerlo muy bien, es un sentimiento sólido de responsabilidad y de servicio social que seguramente me acompañará por el resto de mi vida.

Voy a cada encuentro sintiendo un gran compromiso con lo que hago y recibo las gracias de la sociedad a través de la mirada y la sonrisa de esos niños y de esas madres. Luego de un tiempo termino la práctica de alfabetización, pero inicio un nuevo camino: quiero estudiar para enseñar.

Las tardes en las que no entreno volibol, me dedico a estudiar en los cursos de extensión de la Universidad Nacional; los viernes, luego de salir del colegio, voy a un trabajo que he conseguido. Soy profesora de cerámica en un pequeño jardín infantil que se dedica a explorar y a desarrollar las capacidades artísticas de los niños. Es allí donde confirmo que quiero estar rodeada de los niños, de su imaginación.

Estoy asesorada por una excelente psicóloga especializada en París, gracias a quien puedo enseñar lo que he aprendido y poco a poco me voy convirtiendo en pedagoga. Al terminar el bachillerato pasaré a la Universidad Pedagógica Nacional, a estudiar licenciatura en Educación Preescolar y me enfrente a esa vida que se proyecta en la tarea de planear cada día la manera de construir conocimiento.

En mi primer trabajo como profesional me acompañó el mismo cosquilleo que sentí al enfrentarme por primera vez ante el grupo de reclusas, esta vez mi corazón saltó de temor ante la responsabilidad, ahora son los padres, que me entregan a sus hijos para que los eduque, siento la mirada expectante de los niños que por primera vez van al colegio; los acojo, aplico lo que he aprendido y aunque tengo todo planeado el cosquilleo sigue, quizás va pasando poco a poco, pero con los nuevos retos se altera.

Un 31 de julio, día de San Ignacio de Loyola, participé en la más hermosa experiencia de cuatro semanas de vida espiritual, en el silencio de mi soledad y asesorada por el mejor equipo de padres jesuitas pude entender el significado de la evaluación, la reconciliación y el compromiso, recorrí con sigilo y oración la historia de mi vida, la analicé a la luz del evangelio y descubrí con alegría la vocación de maestra, la que me había acompañado desde mis primeras prácticas de docencia, esa misma que hoy me da la fuerza y me sostiene, la que día tras día me muestra el camino de la mano del santo del magisterio.

Solo después de esa valiosa experiencia, entendí que para ser mejor maestra debía seguir estudiando y haciendo ejercicios de cuerpo, mente y espíritu. Gracias a esa nueva mirada de la vida que hoy mantengo la permanente búsqueda de la perfección, hago un análisis diario de la relación entre la teoría y mi práctica y doy a cada situación el valor que le corresponde luego de someterlo a la práctica del discernimiento.